

Perfección impecable

por
Jimmy
Swaggart

Perfección impecables

por
Jimmy
Swaggart



Javier García E.

Versión castellana: Benjamín E. Mercado

**Este libro fue publicado originalmente en inglés
con el título de "SINLESS PERFECTION", por
Jimmy Swaggart**

© 1981 by Jimmy Swaggart Ministries

Edición en idioma español

© 1983 por Jimmy Swaggart Ministries

Todos los derechos reservados.

Perfección impecables

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:21-22).

LA GRAN CONTROVERSIA

¿Puede una persona realmente vivir una vida impecable? En otras palabras,

¿podemos nosotros como seres humanos llegar a obtener una condición de perfección? Esta desde luego constituye una de las preguntas más complejas y de las que han generado las más tremendas controversias durante años en los círculos cristianos. Algunos sostienen que el alcanzar la perfección está más allá de toda capacidad humana, en tanto que otros arguyen que se puede llegar a tal perfección si nos consagramos enteramente a ello. En honor a la verdad, esta pregunta, al igual que otras de tipo análogo, no puede ser contestada con *un sí* o *un no*. La respuesta resulta tan compleja como la propia interrogación.

Para complicar aún más el problema, es sabido que todos estamos en un proceso continuo de aprendizaje, no importa por *cuán* largo tiempo haya sido nuestra relación con Dios. Como resultado de todo ello, aunque *la pregunta* pueda resultar categórica, *la respuesta* a la misma tiende a manifestarse solamente dentro de un marco de flexible existencia. Yo creo, sin embargo, que Dios nos ha brindado cierta *penetración* a la percepción de la mencionada pregunta y considero que tengo ciertos pensamientos que

pudieran resultar de valor. Dios me ha concedido un tanto de visión en las apreciaciones de este asunto y quizás mis observaciones puedan fortalecer, ayudar y servir de bendición para usted.

Con objeto de tener una base desde la cual podamos dirigir la pregunta, debemos primero determinar la dirección de nuestra aproximación a la misma. El sujeto en el presente caso desde luego que es la perfección; pero a fin de definir propiamente y *comprender* lo que es perfección, debemos previamente investigar el problema del pecado. Como vemos, trataremos de llegar a una comprensión de lo *positivo*, mediante la disección inicial de lo negativo.

¿DEBEMOS PECAR DIARIAMENTE COMO ALGUNOS ENSEÑAN?

Hace algunos años, mi esposa Frances y yo estábamos en cierta ciudad. Era un domingo por la noche. Como no teníamos en ese momento ninguna cruzada y deseábamos asistir a la iglesia fuimos a un servicio en el cual actuaba como pastor alguien que conocíamos desde hacía bastante tiempo.

Llegamos un poco tarde, pero aún a tiempo para el mensaje.

Al comenzar a predicar el pastor, pude darme cuenta de una cierta sensación de incomodidad en el mismo. No había sentimiento de convicción en lo que estaba diciendo. Cualquiera podía percatarse que estaba predicando *en torno* al tema más bien que dirigiendo el mismo directamente a los oyentes. Casi a la mitad del sermón sin embargo, dejó su táctica de formular preguntas sin las respuestas adecuadas y comenzó a predicar lo que sentía dentro de su corazón. Quizás nuestra presencia en dicho servicio lo había refrenado hasta ese momento. Pero ahora sin embargo, de manera súbita hizo manifestaciones como las siguientes:

Dijo que cada cristiano habría de pecar diariamente. Que no teníamos más alternativa sino pecar. De acuerdo con su teología, Dios no se *sorprendía* de esto, ya que él sabía todo el tiempo que habríamos de pecar. Por todo ello dijo el pastor que *no teníamos nosotros* que preocuparnos mucho, ya que no preocupaba a Dios.

Recuerdo muy bien el momento en que

hizo tales manifestaciones. Fue como si un corrientazo eléctrico me recorriera todo el cuerpo. Nunca en mi vida deseé con más vehemencia ponerme de pie ante una congregación y gritar contra el pastor, previniendo a los fieles asistentes contra la aceptación de lo que oían. Naturalmente que por delicadeza no lo hice. Reconocí sin embargo que lo que allí se estaba predicando era literalmente *¡veneno!* Los argumentos de aquel predicador estaban en absoluta oposición al poder de Dios y al gran pacto ofrecido y comprado con la preciosa sangre de Jesús.

Tiempo después pude saber que este hermano estaba teniendo grandes problemas y algo más tarde llegó igualmente a mi conocimiento que un gran número de personas de aquella congregación, habían arruinado sus vidas como consecuencia de diversas inmoralidades. Nos vemos por ello obligados a pensar que el factor fundamental de tal disolución espiritual lo constituyó sin duda la influencia de las enseñanzas erróneas de dicho pastor.

¿SON LOS PECADORES SALVADOS POR LA GRACIA?

La expresión usada en este encabezamiento de “un pecador salvado por la gracia” es sin duda alguna un enunciado bello. Huele a santidad, sugiere humildad y es usada frecuentemente por los predicadores del Evangelio al igual que por muchos laicos. Diferentes personas gustan de ponerse en pie durante los servicios y testificar que son pecadores salvados por la gracia. Todo ello suena muy bien, mas en la realidad sin embargo, pienso que ello no es verdad. No hay nada en la Palabra de Dios que remotamente insinúe tal condición.

Si hemos de conformarnos a lo que dicen las Escrituras debemos observar que éramos pecadores *antes* de ser salvos. Cuando fuimos salvos, lo fuimos definitivamente por la gracia. No existe otra manera de ser salvo. Pero de ahora en adelante *somos nacidos de nuevo*. Somos nuevas criaturas en Cristo Jesús. Por ello es que aunque la frase pueda parecer humilde y santa, de hecho

constituye un argumento de que el poder del nuevo nacimiento no fue suficiente para cambiar la vida del que testifica. Cualquiera que haga tal tipo de manifestación no expresa que es *salvo del pecado* sino que es *salvo en el pecado*.

Esta desde luego constituye una doctrina espuria. Nosotros *éramos* pecadores. Fuimos salvos por la gracia. Pero no somos pecadores *ahora*, porque *somos* nuevas criaturas en Cristo Jesús.

Ahora bien, no quiero que surjan incomprendiciones. Lo expresado no quiere decir que *no podemos* pecar. Esto no significa tampoco que *no hayamos* pecado. Tampoco quiere decir que *no pecaremos*. Lo que esto quiere significar es lo siguiente: repentinamente Jimmy Swaggart no es la persona *que era*. El es ahora una *nueva* persona salvada por la sangre preciosa de Jesús. Y como Pablo describe muy acertadamente: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es." ¿Resulta pues apropiado este término particular usado de "un pecador salvado por la gracia"? Yo considero que la expresión menoscaba el precio tremendo pagado por Jesucristo por nuestra bella y gloriosa salvación.

Pero vayamos a lo que constituye el núcleo o el corazón de la pregunta. ¿Debe el individuo pecar diariamente? ¿Estamos de tal manera constituidos que nuestra naturaleza carnal domina nuestras vidas de tal forma que no tenemos otra elección más que pecar, que nos vemos *obligados* a pecar? ¿Es posible como dice el predicador antes aludido que Dios no se sorprende de nuestros pecados, porque *sabe* que pecamos? Pienso que todo ello es totalmente erróneo y creo que la Palabra de Dios respalda mis argumentos.

En 1 Juan 2:1, el apóstol (bajo la inspiración del Espíritu Santo) hubo de dar el siguiente mandamiento: "*Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis.*" Este como vemos es un *mandamiento*. Si el Espíritu Santo *nos ordena* hacer algo que somos incapaces de realizar, Dios entonces está actuando de forma cruel y caprichosa. Debemos admitir que es totalmente imposible para nosotros no pecar de nuevo si para ello dependemos de nuestra fortaleza y de nuestro poder humano. Dependiendo de mí mismo soy incapaz de vivir una vida cristiana a plenitud. Simplemente no puedo ha-

cerlo. Si he de caminar el sendero de la fe *debo* hacerlo a través de Jesucristo. Debo permitir a Cristo que viva en mí y entonces su residencia en mi ser habrá de brindarme *la habilidad* necesaria para rechazar el pecado en el pasado y en el presente, y evitarlo en lo futuro. En otras palabras repentinamente será posible para mí no pecar.

EL LIBRO DEL GENESIS

Estaba estudiando hace unos días el Libro del Génesis. En el capítulo 17, versículo 1, Dios dijo a Abraham: "*Anda delante de mí y sé perfecto.*" No puedo leer este versículo sin que venga a mi mente la pregunta: ¿cómo?

¿Es posible para una persona caminar delante de Dios y ser perfecto? Esa es sin duda una orden tremenda y una exposición compleja. Desde luego, que la respuesta a ello descansa en el principio de la siguiente oración en que Dios dice a Abraham: "*Yo soy el Dios Todopoderoso.*" No podemos por nosotros mismos hacerlo, pero Dios es Todopoderoso y a través de él *podemos* lograrlo.

La primera parte del versículo en 1

Juan 2 (además del pasaje antes citado y de otras muchas Escrituras) pudiera parecer una condición que la humanidad es incapaz de alcanzar. Y hasta quizás algunos pudieran decir que Dios está pidiendo mucho de nosotros. Pero detengámonos a considerar lo siguiente: ¿Desearía usted *menos* del Dios Todopoderoso de lo que él ha dicho?

La Biblia expresa que su ley es perfecta. El demanda lo mismo de *nosotros*. ¿Desearíamos que demandara menos de nosotros? ¿Respetaríamos a Dios si dijera: “Peca un poquito, no trates de pecar mucho porque es malo”?

Usted vería de inmediato lo ridículo de tal tipo de petición. Sin embargo ésta es la situación *exacta* que el predicador descarriado estaba describiendo. Dios es un Dios perfecto. El demanda perfección de sus hijos. Con su auxilio y su gracia todo puede ser superado.

Al propio tiempo, por supuesto, él sabe que somos carnales. Conoce nuestras limitaciones. Aunque sus normas son altas, para suerte nuestra su gracia es suficiente.

A continuación de ese mandato de no pecar (1 Juan 2:1) el nos dice: “*Si alguno*

hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” Tengo necesariamente que gritar: “¡Aleluya!” En esta amalgama bíblica encontramos a un tiempo el poder de Dios, el plan de Dios y la *perfección* de Dios. A continuación se nos ofrece la misericordia de Dios, la gracia de Dios y su amor.

Dios sabe *exactamente* cuál es su función divina. Primero nos da su mandato de no pecar. Entonces nos exhorta a fin de que hagamos todo lo posible dentro de nuestro poder para *obedecer* ese mandato. Más tarde nos ofrece la ayuda del Espíritu Santo con el fin de fortalecer nuestra débil carnalidad. Y ¿después de todo esto? Nos dice que *si aún* tenemos problemas y pecamos, disponemos de un abogado infalible para con el Padre y es Jesucristo el justo.

Así es que la ley de Dios es perfecta. Siendo perfecta, él demanda que andemos en camino de perfección. La próxima pregunta entonces debe ser:

¿PODEMOS ALCANZAR UN NIVEL DE PERFECCION IMPECABLE?

La doctrina de la total santificación es enseñada en algunos círculos. Denominaciones completas creen en ella y tratan de promoverla. La expresión es sin duda alguna relativa. Quiere esto decir, que pudiera significar cosas muy diferentes para diferentes personas. Pero *básicamente* ella significa que el hombre anterior es totalmente erradicado de manera que no más problemas deban ocurrir con relación al pecado.

Yo no pretendo debatir con ninguna extensión la enseñanza de la total santificación, porque debo repetirlo, considero esto sólo un ejercicio en semántica. Creo que cualquier interpretación de esa "totalidad" es enteramente relativa. Mas nosotros enseñamos una santificación *progresiva* y creemos que eso es lo que la Biblia enseña. Me doy cuenta de que algunos enseñan una santificación total o santificación instantánea y sostienen que todos los problemas y pecados son resueltos por medio de una obra instantánea de la gracia. Yo en verdad no encuentro confirmación a esto en la Pala-

bra de Dios. Yo no he podido hallar que una persona *crece* en la gracia. Yo encuentro que ella se *desarrolla* en el Señor. También encuentro que su progreso con Dios envuelve desarrollo y crecimiento. A mi entender Dios espera *más* de una persona que ha tenido un mayor desarrollo en sus enseñanzas que de una que ha *comenzado* a andar la senda cristiana.

¿Qué es pecado? Desde luego que una respuesta un tanto simplificada sería decir que “es errar el camino”, y aprovecho esta oportunidad y respuesta para estudiar tal simplificación exagerada. Creo que constituirá buen punto de partida para iniciar nuestra investigación del pecado.

Hace algún tiempo en oportunidad en que predicaba, hube de formular a la congregación la siguiente pregunta: “Si el aviso en el borde del camino dice que el límite de la velocidad es 55 millas por hora, y nosotros a sabiendas y de manera consciente violamos dicho límite (por supuesto no estoy hablando de una violación de unas dos o tres millas, hablo de un esfuerzo *consciente* para ignorar completamente una ley impuesta por funcionarios competentes), ¿he-

mos pecado? Digamos por ejemplo que en forma total y caprichosa desobedecemos el aviso y guiamos a 70 ó 75 millas por hora, ¿es eso un pecado?"

Cuando formulé tal pregunta pude darme cuenta de muchos entrecejos fruncidos. Pude darme cuenta de la búsqueda mental en varias personas. La razón por la cual usé esta pregunta particular aquel domingo en la mañana, fue porque el Espíritu de Dios había ya usado la misma *conmigo* en una oportunidad.

Pienso que todos los cristianos allí presentes se dieron cuenta de la importancia de lo que estaba diciendo. No estaba refiriéndome a un lapso inadvertido por nuestra parte, en que excedemos sin querer una milla o dos de lo estipulado. Sino a la abierta, deliberada y consciente ignorancia de una regulación racional anunciada para beneficio de toda la humanidad en general. Yo consideré que era malo en aquel momento al igual que es malo ahora. A medida que expliqué mis puntos de vista todos parecieron estar de acuerdo conmigo.

Como usted puede ver las motivaciones de Dios son para traer a sus hijos a un nivel

de responsabilidad y desarrollo que se adheriera a sus normas de conducta y no a las del mundo. Muchos cristianos cometen el error de juzgar sus acciones por los niveles de conducta del *mundo* en lugar de los señalados por Dios. En otras palabras, ellos se dicen: "Déjeme ver que puedo obtener con ello." Dios desea por otra parte desarrollarnos a un nivel espiritual y una conciencia de sus conceptos desde donde caminaremos *totalmente* en el Espíritu, para de esa manera evitar los anhelos vehementes de la carne en lo adelante. Como es natural toma tiempo el hacer esto, al igual que requiere mucho desarrollo, y en ciertas oportunidades me he preguntado: ¿cuántas veces habremos caído en pecado? ¿Andamos tan inmersos en la carne que a veces no estamos *conscientes* de que hemos pecado? ¿Es esto una cuestión de no estar *conscientes* de las señales del Espíritu Santo parecida a la infracción del límite de la velocidad antes citado?

Hace algún tiempo tuvimos un banquete destinado a recabar fondos. Para ser breve debo decir que yo hice una sincera apelación en favor de las misiones. La necesidad

era aguda y urgente. Repartimos sobres y éstos retornaron con las contribuciones. Cuando los examiné me sentí amargamente desilusionado. Muchas de las personas estaban financieramente capacitadas para ofrendar mucho más, pero solamente ofrecieron dar 10 dólares mensuales. Aquello apenas podía cubrir el precio de un refresco diario.

Yo no pretendo entrar a discutir las circunstancias de los allí asistentes, pero estoy seguro que muchos de ellos podían haber ofrendado mucho más de lo ofrecido, y la pregunta debe ser formulada (teniendo en cuenta la gran comisión, dejada por Jesucristo, lo que hizo por nosotros, y lo que él espera que hagamos por su obra), ¿pecaron esas personas al no permitir ser guiadas por el Espíritu Santo? ¿Estaban ellos haciendo lo que debían por la causa de Cristo y la obra de Dios? En realidad yo no puedo responder a ello, pues no sé de todos los factores y de las diversas circunstancias concernientes con tales personas y además no sé lo que Dios estaba diciendo *a ellos*. La única respuesta que podría dar es: si una persona podía hacerlo y ella no lo hizo, *jerró el cami-*

no! Saber hacer el bien y no realizarlo, las Escrituras nos dicen que es pecado.

EXPERIENCIA PERSONAL

Hace algún tiempo, el Espíritu Santo comenzó a moverse poderosamente en mi corazón. No voy a dar todos los detalles de la experiencia, pero hubo una tremenda urgencia dentro de mi espíritu de ir más cerca de Dios. Para serles sincero, esto cambió mi vida totalmente. Creo que puedo decir con toda honradez que Dios me enseñó lo que era el orar incesantemente. El me ha dado un amor por su Palabra que desafía a toda descripción.

Pero una cosa extraña sucedió. En mi indagación de Dios, en la búsqueda de su rostro para poner mi alma desnuda ante él, una cosa singular aconteció. Sabía que estaba más cerca de Dios que nunca antes en mi vida. Estaba absolutamente consciente del fluir del Espíritu como nunca antes lo había experimentado. Podría repetirles las cosas que Dios me dio y dijo, y las que habló a mi corazón. Pero ellas son tan personales que no lo haré. Ellas sin embargo cambia-

ron mi vida. Creo que ahora soy mejor predicador que antes. Creo que estoy en el centro de su voluntad como nunca antes.

Todo ello tuvo un gran efecto en mí, sin embargo lo más asombroso, y lo que *nunca* olvidaré, es que en lugar de “sentirme santo” tuve una sensación completamente opuesta. En lugar de verme como un esforzado gigante de Dios, me vi todo lo contrario. Y nunca se borrará de mi mente la oportunidad en que el Espíritu Santo me reveló *por qué* me sentía en esa forma.

En medio de grandes lágrimas y sollozos yo dije: “Señor, me parece estar trastornado. Veo cosas en mi vida que no sabía que existían. Cosas que el Espíritu Santo me ha puntualizado con tal brillantez, aunque seis meses antes no les prestaba atención.”

Y el Espíritu de Dios me habló de esta manera: “Mientras más cerca estés de la luz, ésta brillará con mayor brillantez. Dios es luz. Cuanto más cerca estés de su luz, ésta *iluminará* con mayor intensidad y revelará más claramente las faltas.”

Esta fue sin duda alguna una gran revelación. Y desde luego es una cosa sencilla y fácil de entender y como todos los “secretos”

de Dios, ¡cuán verdadero resulta! La razón de sentirme en aquel estado (y aún me siento así, si he de ser franco con ustedes) fue sencillamente *porque* estaba más cerca de Dios que nunca antes. Y por razón de tal proximidad, su luz me iluminaba como nunca antes lo había hecho. En consecuencia, esto exponía todas mis faltas y mis imperfecciones, mis inconsecuencias y aquellos problemas de los cuales no había tenido conciencia previamente.

Por ello es que debo concluir expresando que la perfección es una palabra relativa. Podemos *pensar* que somos perfectos de acuerdo con el conocimiento limitado que poseemos, pero al mismo tiempo debemos darnos cuenta que hay mucho crecimiento aún que realizar. Resulta muy conveniente el aceptar que, cualquiera que sea nuestro nivel de desarrollo, no somos aún perfectos. No seremos nunca perfectos, hasta que lleguemos ante Dios en su imagen y semejanza.

Algunos quizás podrían quejarse diciendo que no estamos hablando de la perfección en el *desarrollo* sino de la perfección impecable. Así es que ¿cuál es la respuesta?

LA RESPUESTA NO ES SI, NI NO. LA RESPUESTA ES JESÚS

Jesús es nuestro ejemplo. El es el único ser humano (a pesar de ser divino) que vivió a perfección. Nunca he conocido a un individuo perfecto. No he podido hallar a nadie que nunca pecara.

No tenemos que pecar necesariamente. Nadie puede *forzarnos* a pecar. Ni aún Satanás puede obligarnos a ello. Pero muy triste es confesarlo sin embargo. Jamás he podido encontrar una persona que aunque ame a Dios de todo corazón y utilice hasta la última onza de sus energías para andar tan cerca de Dios como le sea posible, que en un momento u otro no haya pecado. Me duele decirlo pero tan sólo estoy repitiendo lo que he presenciado.

Me gusta mucho la manera como cierto predicador hubo de expresar esto. Es tal vez un tanto humorístico, pero creo que es digno de ser repetido. El dijo: "Muéstrenme un hombre que diga que es perfecto, muéstrenme uno que diga que ha alcanzado la etapa de perfección impecable. Yo deseo tomar una fotografía de ese hombre, utilizando la

mejor cámara que pueda hallar, ampliaré esa fotografía al tamaño natural y la colocaré en el lugar más visible y prominente que encuentre. Y habré de colocar un aviso todo en letras mayúsculas que diga: *EL MENTIROSO MAS GRANDE QUE HE CONOCIDO.*” Nos sonreímos al imaginarnos algo así, pero considero que la aplicación es muy apropiada. ¡El orgullo es pecado!

Yo dije que la respuesta es Jesús. El es nuestro ejemplo y debemos esforzarnos con toda nuestra voluntad para tratar de ser como él. Cada onza de energía de nuestras existencias debe estar consagrada a alcanzarle, emularle, ser como él, imitarle y andar en sus pasos.

Fui entrevistado hace algunos días por un periodista y éste hubo de preguntarme si me consideraba perfecto. Desde luego que tal pregunta resultaba inoportuna, pero mi respuesta no lo fue. Le dije: “Señor, tal vez en su vida usted no haya encontrado a nadie que deseara en forma más *vehemente* ser como el Salvador Jesucristo y que fracasara más miserablemente en el empeño.”

No estaba en ese momento demostrando una falsa humildad, sino que estaba exte-

rriorizando lo que realmente había en el fondo de mi corazón y que aún hoy en día, existe. *Pero Jesucristo es mi meta.* Supongo que una de las razones por las cuales nos sentimos a veces tan desdichados es porque la absoluta y perfecta vida impecable que él viviera, constituye nuestro ejemplo a seguir. Y naturalmente entonces vemos cuán lejos estamos de él al comparar nuestras vidas con la suya.

MIREMOS AL APOSTOL PABLO

Yo recuerdo que el gran predicador bautista, George W. Truitt, dijo que consideraba que el apóstol Pablo había sido el más grande ejemplo de Cristo que la cristiandad había producido. No puedo mejorar tal exposición y comparto enteramente ese sentimiento.

Pablo escribió casi la mitad del Nuevo Testamento. El alcanzó un lugar y posición con Cristo que ningún otro hombre remotamente se acercó. No estoy seguro de si todo ello es cierto. Sólo Dios puede conocerlo con certeza, pero sabemos que él anduvo un sendero recto. El vivió una vida que tanto usted

como yo desearíamos emular.

Pablo, en su gran epístola a los Filipenses (3:12-14), dijo lo siguiente: *“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”*

En este pasaje el apóstol Pablo nos está diciendo que hay un grado de perfección que él aún no ha alcanzado. Considera que todavía no ha podido obtenerla. Se estima como un atleta corriendo una carrera. La meta está aún delante de él y se halla consciente de los obstáculos (errores) dejados atrás. Todos ellos sin embargo serán perdonados a medida que contemple las victorias futuras.

Luego si el apóstol Pablo, no se considera a sí mismo perfecto, pienso que sería muy falta de juicio por nuestra parte el *juzgarnos como perfectos*. Pero al igual que Pablo tenía a Jesucristo como su ejemplo, nosotros también debemos continuar esforzán-

donos hacia la meta para alcanzar el premio del gran llamado de Dios mediante su Hijo Jesucristo.

Algunos pudieran sentirse confundidos con lo expresado en el versículo décimo quinto. Aquí el apóstol dice: "*Así que, todos los que somos perfectos . . .*" Pudiera pensarse que él dice que es perfecto en esta porción de las Escrituras. Esto no es ciertamente lo que él quiere significar. El se refiere al desarrollo. Está en otras palabras expresando: "Seamos por tanto tan maduros y tan desarrollados y tan espiritualmente adultos como podamos." No está pues hablando de perfección impecable ni tampoco de santificación absoluta.

Ciertamente él estaba santificado. Yo estoy santificado. Usted está santificado. Y esta expresión "*santificado*", sencillamente significa ser puesto aparte. Pero tengo que llegar a la convicción de que al mirar a Jimmy Swaggart, compruebo que existen aún más esferas de mejoramiento de lo que había pensado. Creo que todo cristiano sincero diría lo mismo.

RESUMIENDO

Resulta erróneo enseñar que disponemos de un tipo de *salvación pecadora*. La sola expresión del término es inconsecuente y puede engendrar un derrotismo total en la vida cristiana. Al mismo tiempo una actitud de orgullo de creerse “más santo que nadie”, es decir, de considerarse por encima del resto de sus hermanos cristianos, habla de su proyección negativa por sí sola.

Una vez más repetimos que la respuesta tiene que ser el Señor Jesucristo. El es nuestro ejemplo. Debemos hacer todo lo posible para tratar de ser como él. Desde luego que fracasaremos. Somos carnales. Pero él debe constituir nuestra meta. Y aunque parezca raro, a medida que pasamos las marcas del camino, unas tras otras, cuando las victorias son ganadas y se obtienen los logros en el reino espiritual no nos queda más remedio que reconocer, que *no somos nosotros* quienes lo hemos conseguido *sino él*. Cuando finalmente arribamos al pináculo, a veces con lágrimas en los ojos, maravillados del progreso alcanzado, reconocemos todo el tiempo, que no lo hemos obtenido por

nosotros mismos, sino que él lo ha hecho.

Repentinamente es como si una puerta se abriera. Estos son los momentos en que se nos muestra que siempre hay nuevas metas que alcanzar a través de él. Esto también nos brinda una breve perspectiva de nuestras limitaciones. Nunca antes las habíamos notado, pero a medida que nos desarrollamos gradualmente, podemos ver más y más del reino espiritual.

Esa es la razón por la cual Pablo dijo: “yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado, aún tengo mucho por andar. Sé que no he llegado aún a la meta, mas me esfuerzo por alcanzarla. Soy como un atleta corriendo en una competencia, pongo a un lado todo peso y todo pecado que pueda distraerme de ese logro. No para ganar la salvación, que me fue dada sin merecerla, sino para ser como él quiere y desea que yo sea.” Ese fue en esencia el mensaje de Pablo, ése fue también su *deseo*. Debería ser *nuestro deseo* también.

¿Alcanzó alguna vez el gran apóstol Pablo esa meta? Yo pienso que él nos brinda un poco de información sobre el particular en la última de sus epístolas que fue escrita

a Timoteo, cuando dice: *“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.”*

En tales manifestaciones podemos percibir la sensación de la lucha. Aún hay un banderín de batalla en las manos de Pablo, pero ese banderín ya flota en victoria. *“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.”*

Desde luego, no sé *realmente* lo que Pablo pensó en ese momento. Mas creo que nos dejó una vislumbre de su pensamiento al decir: *“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día.”* El compara a nuestro Señor con un juez. En otras palabras, creo que él estaba diciendo: “Creo que Jesús me juzgará. Hice lo mejor que pude. La corona que me dará, lo será por su misericordia, su amor y su gracia.”

Debemos situarnos en la misma posición que él. Doy gracias a Dios que nadie más que el Señor habrá de juzgar a Jimmy Swaggart. Y que nadie tampoco será juez *suyo* sino Dios. Tenemos la tendencia de juzgar por lo que vemos y miramos sólo en el exterior. Dios mira dentro de nuestros cora-

zones. Y algunas veces me pregunto si él nos juzgará, por lo que queremos ser, por lo que deseamos ser, y por lo que nos esforzamos en ser como él, más bien que por lo que realmente somos.

Nunca me olvidaré de una expresión vertida por A.N. Trotter, hace ya muchos años, la cual literalmente cambió mi vida. Hablando sobre el pueblo de Israel de acuerdo con lo expresado en Números 23:20, él se refería a Balaam, quien había sido contratado por Balac con el objeto de maldecir a Israel. Balaam, hubo de decir al rey moabita: *“He aquí, he recibido orden de bendecir; él dio bendición, y no podré revocarla.”* Entonces en el versículo 21 agrega: *“No he notado iniquidad en Jacob, ni he visto perversidad en Israel.”* De inmediato el hermano Trotter comenzó a hablar de Israel. El pueblo israelita no había alcanzado la perfección. Ellos tenían *muchos* problemas y a pesar de eso Dios dijo que no había notado iniquidad en Jacob. El hermano Trotter hizo la declaración que antes mencioné, agregando que Dios no había visto a los israelitas como ellos *eran*, sino que los vio como *debían ser* cuando aspiraban a

su imagen y semejanza.

Entonces él hizo una manifestación, que como dije, cambió totalmente mi vida. *“Dios no nos ve como realmente somos, él nos ve como debiéramos ser a través de la sangre de su Hijo Jesús. Hay errores, hay fallas, hay imperfecciones. Pero creo que él mira su iglesia, como una iglesia gloriosa, sin máculas ni arrugas, lavada en la sangre del Cordero.”*

Al igual que digo a todas las personas en las cruzadas de avivamiento a través de diferentes ciudades y países, el día en que entremos en la gran ciudad a través de sus puertas de perlas y nuestros pies caminen por sus calles de oro sólido, entonces allí estaremos a su imagen y semejanza. Pero esto no lo será por el hecho de pertenecer a tal o cual denominación, o haber alcanzado determinadas metas. No habremos *ganado* nada de lo que tenemos por Cristo Jesús. Todo lo que tenemos, lo tenemos sólo por su misericordia, su amor y su gracia. Todo pecador merece el infierno. Ningún cristiano es merecedor del cielo. Pero somos lo que *somos en él, a través de él, para él y por causa de él.*

¿Perfección impecable? Resulta muy difícil para mí, mirar a Jimmy Swaggart y tratar de articular la expresión "perfección impecable". Vacilo y me tambaleo frente a ella. Mis ojos se llenan de lágrimas al contemplar toda una montaña de errores, faltas, imperfecciones e inconsecuencias.

Pero miro *más allá* de Jimmy Swaggart y veo la imagen del Señor Jesucristo, mi ejemplo. Y cuando Dios mira a Jimmy Swaggart, él lo hace a través de su Hijo Jesucristo. Esa es la única perfección impecable que puedo alegar para mi vida. La perfección impecable de Jesús.

60-032
SPANISH